



THE CATHOLIC DIOCESE OF ROCKVILLE CENTRE

Office of Communications • *The Long Island Catholic* • *Fe Fuerza Vida*

50 North Park Avenue, Rockville Centre, NY 11570

Tel: 516-678-5800, ext. 221 • Fax: 516-594-0984 • www.drvc.org

DECLARACIÓN

FECHA: Octubre, 1, 2019

RE: Declaración Sobre la Reforma Migratoria
Primer Aniversario (octubre 14, 2019) de la Canonización de San Oscar Romero

DE: Reverendísimo Obispo John O. Barres, Obispo de la Diócesis de Rockville Centre

Amén, en verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo. (Mt. 25:40)

Hace un año, como una forma de celebrar el 14 de octubre de 2018, la canonización de San Oscar Romero, yo, como Obispo de la Diócesis de Rockville Centre, emití una Carta Pastoral titulada *Arzobispo San Oscar Romero: un mártir católico que hizo el Santo Sacrificio de su vida mientras se celebra el Santo Sacrificio de la Misa*.

Esa carta conectó la vida, la santidad y el testimonio de San Romero con varias dimensiones interdependientes de nuestra fe católica: "Aprovechamos otra oportunidad para conectar la canonización, en un espíritu de caridad pastoral, promoción de los derechos humanos y justicia global, al llamado por una reforma migratoria integral para nuestra nación que se basa en los principios de la dignidad de la persona humana, justicia social, la santidad de la vida humana y la familia, y el amor del Buen Samaritano por los pobres".

Un año después, en el Primer Aniversario de la canonización de San Romero, y en unidad con las numerosas declaraciones e intervenciones de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos sobre la difícil situación de los refugiados, los inmigrantes no documentados, la separación de familias y la consternación sobre un sistema de inmigración quebrado, renuevo mi propio llamado para una reforma migratoria integral en este país y en todo el mundo.

Nuestra sociedad se encuentra profundamente dividida en cuestiones de inmigración. Casi a diario, las historias y comentarios de los medios revelan un entorno en el que se ha vuelto difícil entablar un debate honesto, y mucho menos una conversación civilizada.

Los líderes políticos y comentaristas de todos los lados con frecuencia explotan estas divisiones y, por lo tanto, contribuyen a ellas. Si bien las divisiones partidistas no se limitan al tema de la inmigración, se han vuelto particularmente amargas y polémicas sobre este tema. En gran medida, parecen haber enmascarado las complejidades de muchas preguntas de inmigración y han eliminado los matices necesarios de las discusiones.



THE CATHOLIC DIOCESE OF ROCKVILLE CENTRE

Office of Communications • *The Long Island Catholic* • *Fe Fuerza Vida*

50 North Park Avenue, Rockville Centre, NY 11570

Tel: 516-678-5800, ext. 221 • Fax: 516-594-0984 • www.drvc.org

Si bien sabemos que la conversación es difícil, también sabemos que es de vital importancia. Las preguntas que rodean la migración de personas de un país a otro involucran asuntos profundos. Los temas de justicia, dignidad humana, respeto por la vida humana, respeto por la dignidad y unidad de la familia, y la importancia de la compasión deben estar al principio de la conversación. El compromiso católico con el espíritu de servicio del Buen Samaritano a todos los que sufren y están en crisis no exige nada menos. Estas preguntas plantean, a su vez, una serie sensible de preocupaciones legítimas que no pueden ser simplemente ignoradas.

Por supuesto, los debates en los Estados Unidos se establecen en un contexto mundial de migración, conflicto y controversia. El Papa Francisco ha hablado con frecuencia de la dignidad y los derechos de los migrantes en ese contexto mundial y ha desafiado a cada país a examinar sus propias acciones y/o falta de acción. Cuando el Papa Francisco hizo su viaje apostólico a los Estados Unidos en 2015, de pie ante el Salón de la Independencia, él dijo:

Entre nosotros están hoy... representantes de inmigrantes recientes a los Estados Unidos. Muchos de ustedes han emigrado... a este país a un gran costo personal, con la esperanza de construir una nueva vida. No se desanimen por las dificultades que enfrentan. Les pido que no olviden que, como los que vinieron aquí antes que ustedes, traen muchos regalos a esta nación ... También están llamados a ser ciudadanos responsables y a contribuir fructíferamente - como lo hicieron los que vinieron antes que ustedes con tanta fortaleza - a la vida de las comunidades en las que viven.

Profundizar en este tema desde una perspectiva católica puede, y probablemente lo hará, provocar o decepcionar a las personas en ambos lados del debate. Sin embargo, incluso en nuestros tiempos polarizados, creo que hay un gran número de personas de buena voluntad que harán todo lo posible para mantener una mente abierta y dar la bienvenida a un intercambio honesto para promover el bien común.

La Iglesia Católica tiene una larga tradición de siglos atendiendo las necesidades de los migrantes, al tiempo que aborda la compleja cuestión moral de equilibrar la migración y la adecuada administración civil. En este mismo momento, las comunidades e instituciones católicas están trabajando con y para los migrantes en todo el mundo.

Como estadounidenses, todos nos enorgullecemos de nuestra nación que durante mucho tiempo ha ofrecido refugio a tantos que vienen de tan maravillosa diversidad de lugares y culturas. Casi todos podemos mirar nuestros propios árboles genealógicos para ver claramente que desde el primer antepasado nuestro que pisó esta tierra hasta el presente, todos hemos estado inmersos en la experiencia de los inmigrantes estadounidenses.



THE CATHOLIC DIOCESE OF ROCKVILLE CENTRE

Office of Communications • *The Long Island Catholic* • *Fe Fuerza Vida*

50 North Park Avenue, Rockville Centre, NY 11570

Tel: 516-678-5800, ext. 221 • Fax: 516-594-0984 • www.drvc.org

Este legado está bellamente simbolizado por la Estatua de la Libertad, de pie en nuestro propio puerto de Nueva York, sosteniendo en alto la antorcha de la libertad mientras contempla el mar. Es cierto que nuestra experiencia de inmigrantes también incluye lucha, injusticia, odios e incluso esclavitud. Sin embargo, Estados Unidos también puede mostrar su larga historia de lucha contra tales pecados y por la dignidad de todos los que son "creados iguales" y que están "dotados por su creador de ciertos derechos inalienables".

Basándonos tanto en nuestra fe católica como en nuestra herencia estadounidense, podemos revisar juntos tres elementos esenciales: el derecho de las personas a migrar y el derecho de un país a regular sus fronteras; el llamado a la compasión; y la necesidad de un liderazgo valiente.

1. El Derecho a Emigrar y la Regulación de las Fronteras

La enseñanza católica sostiene que los seres humanos que son expulsados de sus hogares por desastres naturales, violencia, opresión u otras amenazas a la vida, tienen el derecho otorgado por Dios de buscar refugio y asistencia, incluso si esa búsqueda los lleva a cruzar las fronteras nacionales.

Sin embargo, este principio moral básico de refugio y asistencia para aquellos en circunstancias extraordinarias no excluye la necesidad de una nación de regular sus propias fronteras. De hecho, la enseñanza católica confirma explícitamente la obligación del buen gobierno de proteger y regular las fronteras por el bien común. Los ciudadanos respetuosos de la ley esperan apropiadamente que el estado brinde a su gente protección, seguridad y orden, reconociendo que las fronteras sin ley conducen al crimen y la victimización.

Debido al estado ilegal de gran parte de nuestra frontera sur, los verdaderos refugiados, en particular las mujeres jóvenes y los niños, a menudo son víctimas de delincuentes que los aprovechan con casi total impunidad. Siempre debemos recordar que no solo es el derecho, sino también la responsabilidad de nuestro gobierno tomar medidas efectivas para eliminar esa ilegalidad.

En nuestros debates sobre inmigración, también debe reconocerse que muchos migrantes son, de hecho, refugiados legítimos y que esta distinción sí importa. Las regulaciones promulgadas para gobernar las circunstancias ordinarias deben tener la flexibilidad de adaptarse a las circunstancias extraordinarias de aquellos que huyen del peligro desesperado. Este dilema moral exige una mirada más profunda a tales regulaciones y cómo se implementan.



Además, tanto la prudencia como la justicia nos exigen que analicemos los orígenes y las causas de tales condiciones. ¿Hay algo que podamos hacer para prevenir o mitigar los factores que alejan a las personas de sus hogares? Los verdaderos refugiados se van de casa, no porque quieran, sino por miedo y la sensación real de que no tienen otra opción.

Es extraordinariamente difícil ayudar a otros países a eliminar las condiciones problemáticas que hacen que las personas arriesguen todo, abandonen sus hogares y se conviertan en refugiados. No podemos obligar a otra nación a aceptar nuestra ayuda. Sin embargo, cuando podemos tomar medidas para ayudar a las naciones angustiadas a reformarse, también ayudamos a su gente a evitar embarcarse en el traumático viaje de los refugiados.

2. El Llamado a la Compasión

En su discurso ante la 105ª Jornada Mundial de los Migrantes y Refugiados en mayo de 2019, el Papa Francisco enseñó que esta crisis moderna de migración nos desafía a recuperar "elementos esenciales" tanto de nuestro cristianismo como de nuestra humanidad. Nos pidió que reconozcamos que el migrante no es un suplicante, sino un compañero. El migrante en nuestra puerta nos ofrece la oportunidad de ser el buen vecino de los Evangelios: superar el miedo al "otro", practicar la compasión y vivir el llamado del Señor Jesús como se cuenta en la hermosa parábola del Buen Samaritano.

Reflexione en estas palabras del Papa Francisco en esa ocasión: "La compasión es un sentimiento que no puede explicarse en un nivel puramente racional. La compasión toca los acordes más sensibles de nuestra humanidad, liberando un impulso vibrante de 'ser un vecino' para todos aquellos que vemos en dificultades". Nuestros debates partidistas a menudo disminuyen la profunda conciencia del llamado divino a practicar y vivir esa compasión.

En este momento, muchos migrantes sienten miedo y rechazo. Se encuentran ellos mismos sujetos a las ambiciones de los poderosos. ¿Dónde está esa tradición estadounidense y experiencia de bienvenida y oportunidad? ¿Dónde está la compasión por nuestros hermanos y hermanas en circunstancias desesperadas?

En nuestra diócesis, hay miles de personas del Caribe y América Central que residen aquí y se les ha otorgado el "Estatus de Protección Temporal" (estatus legal otorgado a las personas que huyen de la guerra y los desastres naturales). Ahora, después de décadas de arduo trabajo, e incluso después de haber criado a sus hijos y nietos aquí, enfrentan el miedo a la deportación. Estas son personas a las que nuestro gobierno les otorgó el estado de protección y que, a lo largo de las décadas, han construido vidas nuevas y productivas aquí.

Temen verse obligados a separarse de sus familias y regresar a sus países de origen. Se podría argumentar que siempre supieron que su refugio aquí era "temporal", pero a medida que han pasado décadas, sus vidas han cambiado y ahora se han convertido en parte de nuestra comunidad y miembros contribuyentes de la sociedad. En estas circunstancias, enviarlos de regreso a países en crisis, a hogares que ya no recuerdan, y separarlos de sus hijos y nietos sería contrario tanto a la justicia como a la compasión.



3. La Necesidad de un Liderazgo Valiente

Es importante reconocer que el conflicto aparentemente intratable tiene una larga historia. Durante décadas, los líderes políticos estadounidenses no han logrado promulgar una reforma migratoria integral.

Los Obispos Católicos de América hemos visto las consecuencias trágicas de nuestro sistema fallido entre las personas a las que servimos. Hemos pedido clara y reiteradamente una reforma migratoria integral y bipartidista.

El hecho es que nosotros, como nación, no hemos estado regulando nuestras fronteras para el bien común. Hemos combinado la aplicación inconsistente con un sistema inexplicablemente burocrático y disfuncional. A veces, ese sistema no implica ninguna aplicación, solo miedo. No hay duda de que nuestra sociedad busca y necesita mano de obra inmigrante. Sin embargo, primero permitimos que un gran número de trabajadores indocumentados ingresen al país (a menudo a través de rutas peligrosas y a veces mortales), pero luego relegamos a esos trabajadores a una incierta existencia oculta.

Algunos dicen que al ingresar al país como inmigrantes indocumentados, ellos mismos han provocado esta situación. Algunos inmigrantes indocumentados son delincuentes, aunque nuestro actual sistema fallido alienta a los delincuentes a aprovecharlo. Pero no cabe duda que la gran mayoría de los trabajadores indocumentados simplemente desean tener la oportunidad de trabajar duro y ganar dinero para ayudar a sus familias aquí y en sus países de origen.

Pregúntese: si su familia estuviera en peligro, sus hijos estuvieran hambrientos y fuera imposible encontrar trabajo, ¿trataría de apoyarlos aun sabiendo que eso significara hacer un largo y peligroso viaje para vivir en las sombras en otra nación? Esa no es una pregunta hipotética para millones de trabajadores indocumentados que actualmente viven en los Estados Unidos.

Estas personas merecen la oportunidad de cosechar los beneficios de su trabajo, pero en cambio sufren algunos de los efectos más atroces de nuestro sistema fallido. Es cierto que necesitamos fronteras seguras y procedimientos adecuados para aquellos que desean ingresar a nuestro país y buscar residencia o ciudadanía. Pero ese esfuerzo sería moralmente inadecuado si no reconoce las necesidades reales de los verdaderos refugiados y también incluye opciones compasivas para los millones que ya trabajan en nuestro medio.

Sin embargo, estos problemas no son insolubles. La compasión y la misericordia se pueden combinar con prudencia y de manera práctica. Permitir que un número razonable de refugiados exhaustivamente examinados vengan a los Estados Unidos (al mismo tiempo que intentan evitar la necesidad de su migración forzada en primer lugar) es algo que hemos hecho repetidamente a lo largo de nuestra historia.



THE CATHOLIC DIOCESE OF ROCKVILLE CENTRE

Office of Communications • *The Long Island Catholic* • *Fe Fuerza Vida*

50 North Park Avenue, Rockville Centre, NY 11570

Tel: 516-678-5800, ext. 221 • Fax: 516-594-0984 • www.drvc.org

Permitir que aquellos que vinieron aquí hace años con el "Estatus de Protección Temporal" puedan vivir sus vidas aquí con sus hijos y nietos se puede hacer fácilmente. Tomar estos pasos ayudará a restablecer el orden, la regularidad y la seguridad en nuestra frontera sur. Si se requieren pasos razonables adicionales para lograr ese fin, también se pueden tomar.

La justicia y la compasión rechazan la idea de que los refugiados legítimos deben cruzar nuestra frontera en lugares apartados para ser atacados por delincuentes. De hecho, exigen todo lo contrario; No se debe obligar a los verdaderos refugiados a escabullirse a través de desiertos desolados para venir a América. En cambio, deberían ser bienvenidos y examinados adecuadamente en lugares fijos y regulados que brinden tanto las necesidades de la vida como la documentación adecuada para la entrada.

Habrà, por supuesto, algunos problemas difíciles. Siempre hay. Pero aunque sabemos que la perfección nunca es posible en este mundo, podemos creer firmemente que es posible hacerlo mucho mejor de lo que estamos haciendo actualmente. Para que eso suceda, todos debemos involucrarnos y trabajar con nuestros líderes para tomar medidas inmediatas que sean compasivas y prudentes. Esto es una necesidad por la dignidad de la persona humana, por la compasión y por las leyes que protegen y promueven el bien común.

Lograr esto nos acercará al establecimiento de la Cultura de la Vida que nuestro Señor pidió por primera vez en los Evangelios, proclamada por los Apóstoles y sus sucesores, y reafirmada dramáticamente en los últimos años por San Juan Pablo II, el Papa Benedicto XVI y el Papa Francisco. Promover la cultura de la vida de esta manera puede dar un impulso para construirla con nuestros conciudadanos estadounidenses. Quizás podamos comenzar a persuadir a nuestros conciudadanos para que también aborden otros desafíos morales a la santidad de la vida humana. Nuestras voces y nuestra fe le ofrecen una sabiduría y una visión al momento actual en Estados Unidos.

Como estadounidenses, honramos el orgulloso legado del lema de nuestra nación: *E pluribus unum*, "de muchos, uno". Y, como católicos, nuestro Evangelio nos desafía: "Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme... Amén, En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis." (Mateo 25: 35-36; 40)

Que esa fe y ese legado nos guíe ahora. Y, que el gran y santo mártir, San Oscar Romero, interceda por nosotros en nuestros esfuerzos para promover una reforma migratoria justa y completa en este país y en todo el mundo, como parte de una floreciente Cultura de Vida.